

EL PACTO DEL TERROR

ESTAS dos poderosas naciones no se gustan mutuamente, pero tienen que convivir o arriesgarse a una guerra que costaría —dice Nixon— decenas de millones de muertos. Esta definición no es nueva. Es la raíz misma de la «coexistencia pacífica» definida por Krutchev en junio de 1963, en cuya declaración se contenía ya el principio de que «la coexistencia pacífica en el terreno de la ideología es imposible», y es la raíz también de lo que con mayor dramatismo se llamó en los Estados Unidos «el equilibrio del terror»: las dos constataciones procedían de la angustia mutua creada por la «crisis de los misiles» en el Caribe, octubre/noviembre de 1962. Las dos naciones han vuelto a fijar estas mismas posiciones aprovechando la tribuna de las Naciones Unidas al celebrar el XXV aniversario de la organización, más claramente en el discurso de Nixon que en el de Gromyko. La declaración de fastidio mutuo sigue a una serie de incidentes que se han considerado como una nueva situación de frialdad o se han definido como una «coexistencia disidente». Otros hechos simultáneos complican un poco la situación. Uno de ellos es la entrevista directa y privada entre Gromyko y Nixon, en la que, sin duda, los dos oradores han sido menos rudos que en la tribuna de la ONU, conversación de dos horas



El Presidente Nixon con Andrei Gromyko, ministro de Asuntos Exteriores de la URSS, en la Casa Blanca.

y media que los portavoces de Estados Unidos han definido como «esperanzadora» y los soviéticos como «positiva».

Por otro lado, los lazos URSS-Oeste y Estados Unidos-Este no dejan de acrecentarse. El pacto de la URSS con Alemania Federal y la larga visita del Presidente de la República Francesa, Pompidou, a Moscú y otras ciudades soviéticas, por una parte, y el viaje de Nixon a Yugoslavia y la comida ofrecida el lunes al rumano Ceausescu en la Casa Blanca parecen demostrar que los problemas ideológicos no son tan graves como los pintan. Las relaciones de Estados Unidos con algunos países comunistas, las de la URSS con algunos países capitalistas, se exaltan y se resaltan en el mismo momento en que se trata de demostrar que el capitalismo de Estados Unidos y el comunismo de la URSS son incompatibles entre sí y presentan profundas y fundamentales diferencias». En realidad, el contencioso entre las dos naciones, el «frío» provocado por los últimos acontecimientos, está lejos de los problemas ideológicos y muy referido a las respectivas situaciones de fuerza y de hegemonía en tanto que potencias. Los dos temas agudos han sido, al parecer, el enfrentamiento en Oriente Medio durante la tregua y los acontecimientos simultáneos, y la supuesta instalación de una base de submarinos atómicos soviéticos en Cienfuegos (Cuba). El primero se resolvió mediante la presión soviética para que se retiraran las tropas sirias que acudían en socorro de los palestinos diezmados por Hussein, el segundo, por el desmantelamiento de la base en Cuba. Los otros temas son menos graves: Berlín, la conferencia de seguridad europea, las negociaciones para el desarme (SALT), incluso Vietnam.

Sin embargo, ninguna de las dos potencias puede permitirse el lujo de exponer triunfalmente sus puntos de acuerdo. Parecen obligadas

a señalar, por el contrario, sus «profundas diferencias» y a hacer referencia de cuando en cuando a la realidad del riesgo atómico que pesa sobre todos. Los principios de la coexistencia pacífica 1962/1963 produjeron ya considerables riesgos en el interior de cada bloque. Para la URSS fue el estallido de la disputa ideológica con China, la ola de independentismo de los países comunistas europeos—último acto espectacular, Checoslovaquia—, la disgregación de los partidos comunistas occidentales, la aparición en Occidente y en el Tercer Mundo de revolucionarismos no subsidiarios —e incluso antisoviéticos—. Para los Estados Unidos, algo tan importante como su aislamiento en la operación de Vietnam (que ya no pudo verse como la de Corea, como una guerra del «mundo libre» contra la «expansión comunista», sino como una guerra norteamericana, según astutamente ha recalado ahora Gromyko en la ONU), la separación de Francia y el consiguiente desmayo actual de la OTAN, la caída de la democracia cristiana en Alemania Federal y, ampliamente, la actual carrera de mercados hacia el Este. Algo quizá más grave ha ocurrido en el interior de los países, y, en este caso, más especialmente dentro de los Estados Unidos: la sublevación contra la sociedad rígida. En la URSS aparece hasta ahora sólo como una agitación intelectual y un desmayo general; en los Estados Unidos, como una crisis de civilización. Una sociedad se somete, se disciplina, renuncia a su participación política, cuando ve o percibe una necesidad superior, cuando tiene miedo a algo más grave. McCarthy pudo dominar la sociedad de Estados Unidos no por el propio terror que sus persecuciones inspiraban, sino porque ese terror se aceptaba por la mayoría como un terror defensivo frente a otro superior: el de la bomba nuclear soviética. Cuando ese terror cesó o se atenuó, quedó al descubierto el esqueleto de la opresión y se convirtió en insoponible, por sin motivo.

Parece que el interés actual de los Estados Unidos y de la URSS, consiste en no dejar decaer totalmente esa sensación de amenaza, esa posibilidad aún existente de la destrucción mutua, sin exagerarla —porque ya es imposible— demasiado. Sin embargo, las diferencias recaladas entre la URSS y los Estados Unidos no parecen tan «fundamentales» como antes, y se podría creer que se centran más bien en la delimitación de sus fronteras mutuas, de sus zonas de influencia. Las situaciones de hoy —que podrían envenenarse mañana— hacen posible la suposición de que en unos años —¿deconas?, ¿unidades?— los regímenes respectivos de los dos países se hayan aproximado mucho, se parezcan bastante. La línea de Presidentes norteamericanos Johnson-Nixon y algunos que puedan sobrevenir parece una última trinchera de defensa del capitalismo clásico, como la línea Krutchev-Kossiguin-Brejnev está ya del otro lado del comunismo revolucionario. Quizá algunas de las nuevas revoluciones están ya incorporando —dentro de sus propios mecanismos económicos y de sus rasgos nacionales y geográficos— esos nuevos regímenes del futuro. La revolución instantánea de Bolivia, la electoral de Chile, la progresiva de Perú, están lejos de ofrecer esa idea de «cambio de mundo» que ofrecían las anteriores, como la de Cuba, o como la de China, o como la de 1917 en la URSS. La revolución de «cambio de mundo», de «cambio de época», parece ahora refugiada en ciertos núcleos intelectuales de Occidente —véase Geismar, véase Angela Davis— y enfocada hacia el manantial doctrinal chino. Que, a su vez, tras la explosión de los «guardias rojos», tras el éxito de sus bombas y sus misiles atómicos, ofrece una singular disociación entre teala revolucionarias y actos revolucionarios, como si se encaminase también hacia el mundo posible que en sus diatribas como en sus negociaciones viene a ser el esquema final que configuran los Estados Unidos y la Unión Soviética, y no sólo al nivel de sus dirigentes, sino al de las aspiraciones de sus poblaciones y de sus aliados en la actualidad.

CHILE, BOLIVIA

LAS NUEVAS REVOLUCIONES

ALGUIEN ha matado al General Schneider en las vísperas de la ratificación parlamentaria de la elección del Presidente Allende en Chile. El asesinato del Comandante en Jefe de las fuerzas armadas chilenas no era un acto gratuito, una venganza personal o un estallido espontáneo, como no lo fue la rebelión del General Miranda en Bolivia, poco después de la elección popular en Chile. Uno y otro acto están relacionados entre sí, en el sentido de bascular con la fuerza una situación que se inclina velozmente contra los intereses oligárquicos

y capitalistas de una zona importante de Hispanoamérica y, lo que es peor —desde el punto de vista de esos intereses—, de extenderse a otras regiones del continente. La grave crisis por que atraviesa la Argentina, la inclinación a la izquierda de Ecuador, la inquietud creciente en Brasil, la actuación de los Tupamaros en Uruguay, dibujan la extensión de este mapa inflamado e inflamable. El asesinato de Schneider, como la rebelión de Miranda, han provocado un efecto contrario al supuesto. Miranda fue rápidamente contrarrestado por una marcha sobre La Paz de mineros y campesinos, una huelga sindical, un alzamiento de estudiantes y profesores; el General Torres se puso oportunamente al frente de todo ello y contuvo la situación. El atentado contra Schneider ha producido en Chile una alerta inmediata de las organizaciones obreras, una amenaza de marchas y manifestaciones y una rápida adhesión al Presidente electo de las otras fuerzas políticas, no sólo de la democracia cristiana —Tomic estaba desde el principio dispuesto a la alianza—, sino también de la derecha —Alessandri pidió a sus partidarios que votaran a Allende en el Congreso—, más la del Ejército, que se retiró a sus acuartelamientos y se mantuvo en silencio mientras su jefe agonizaba. En Bolivia y en Chile, la guerra civil ha estado muy a punto, muy programada, pero no ha ocurrido. El sector que provocó los dos graves incidentes ha quedado aislado. Los pretextos no han servido; parece que hay una gran diferencia de situación entre la de este último trimestre de 1970 y de la primavera de 1965, cuando el regreso de Bosch a Santo Domingo fue impedido por el desembarco de los «marines» de los Estados Unidos. En aquella época, la Organización de Estados Americanos, tan cuidadosamente preparada y minutada por los Estados Unidos, salió muy dolida y muy dividida del golpe, pero lo asumió. En esta época no lo soportaría, sería su final. El contexto geográfico, la zona en que se desenvuelven los acontecimientos, es también muy distinto, como lo es la situación global de los Estados Unidos, en el interior y en el exterior del país.

Pero en los dos casos los incidentes han servido, también, para poner de manifiesto la moderación de las revoluciones, la busca de las «revoluciones posibles» y su tendencia pactante. Si las fuerzas que llamaremos de la derecha se han abstenido de entrar por la brecha abierta por los provocadores de los incidentes, no ha sido sólo por no entrar en los horrores de una guerra civil —o de un desastre inmenso que hubiera podido ser una guerra civil a escala continental—, ni aun por

El General Schneider, Comandante en Jefe del ejército chileno, asesinado en vísperas de la ratificación por el Congreso de la elección de Allende.



El nuevo Presidente, Salvador Allende, con Eduardo Frei.

la sospecha de que podrían perder esa guerra civil, sino por la inteligente idea de que pueden obtener mayores beneficios pactando con las revoluciones, entrando en su mecanismo, controlando su sistema. Sería, en una comparación posiblemente superficial, algo de lo que sucedió en España con la proclamación de la República de 1931, sin que esto implique que los acontecimientos en los países hispanoamericanos vayan a ser paralelos a los que luego sucedieron aquí.

La historia, a pesar de todo, raras veces se repite. Podría, sin embargo, suceder lo mismo —o parecido, o con los mil desenlaces posibles— si las masas se sintieran defraudadas en los beneficios que pudiera traerles la revolución —unas masas en unas condiciones de vida notablemente inferiores a las masas agrarias e industriales de la España de 1931— y si la oligarquía viviera con la amenaza permanente de que el pacto fuese a ser roto en su detrimento.

Los poderes que se proclaman ahora revolucionarios y populares parecen cautos, prudentes, conscientes de sus propias limitaciones. Su victoria debe parecerles increíble si la miden con arreglo a las posibilidades que parecían tener hace unos años —siquiera hace unos meses— y que eran muy reducidas. Su apariencia es enormemente moderada con arreglo a los compromisos adquiridos con las otras fuerzas que las toleran y con arreglo a la situación quebradiza en que se encuentran. Se presentan más como nacionalistas que como populares: desplazan el problema social, para resolver el cual han sido llamadas o implantadas, más hacia la presencia económica —y de toda índole— de los Estados Unidos que hacia la clase oligárquica del país. Ello les permite encontrar mayores unidad y unanimidad en quienes les pueden apoyar. La nacionalización del cobre, el estaño, el petróleo, el dominio sobre los canales de exportación, la reducción de importaciones forzosas de artículos de consumo, aparecen en las reivindicaciones revolucionarias con mucha más fuerza que la reforma agraria o el problema de la lucha de clases, aun a pesar de la insistencia con que en Washington se coloca el calificativo de «marxista» —en realidad, un socialista a la manera europea— del Presidente Allende. Son revoluciones con la forma ya clásica del Tercer Mundo, en las que la descolonización y la nacionalización se superponen a la lucha de clases —salvo los sectores cuyo privilegio depende de la colaboración con la potencia colonial—. Aun en este aspecto se presentan como moderados. Tanto Chile como Bolivia han advertido ya que abonarán hasta el último céntimo de las industrias expropiadas y han explicado que proceden en esto de arreglo con los principios básicos de las Naciones Unidas, y no por ninguna clase de adhesión a los principios económicos de Marx. Bolivia ha advertido que no piensa restablecer sus relaciones diplomáticas con Cuba, como muestra de buena voluntad para con Washington.

En toda esta provisionalidad, los provocadores se han quedado aislados. ¿Quiénes son estos provocadores? Naturalmente, las siglas de la CIA han aparecido inmediatamente (el periodista chileno Tito Mundt lanzó unas acusaciones concretas ante las cámaras de la televisión española). Ha habido también en Chile, alusiones muy concretas a la Argentina (a la que, oficialmente, se han pedido disculpas). La referencia a comandos de extrema derecha es, naturalmente, obvia (sea cual sea su origen, reflejan una reacción de extrema derecha). Es posible que la propia debilidad con que nacen estas revoluciones las impidan llegar al fondo en el camino de las revelaciones, y conserven, por el momento, en el secreto los principales datos.